Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial - Quincenal

Año VI | Alhama de Murcia, Domingo 11 de Agosto de 1929 | Núm. 133

Milagro estupendo

REFERIDO POR S. CIRILO DE JERUSALÉN AL EMPERADOR CONSTANCIO, HIJO DEL GRAN CONSTANTINO, EN LA SIGUIENTE CARTA:

«Al religiosísimo emperador Constancio, Cirilo, obispo de Jerusalén, desea salud en el Señor.»

«Esta primera carta te envío de la ciudad de Jerusalén, religiosísimo emperador, la cual era razón que yo te enviase, y tú la recibieses, no llena de lisonjas, sino de señales del cielo, las cuales acaecieron en esta ciudad de Jerusalén en tiempo de tu imperio, no para que por ellas alcances nuevo conocimiento de Dios, pues mucho há que lo tienes, sino para que más te confirmes en él; y para que habiendo recibido de tu padre la heredad del imperio, y habiendo sido honrado de Dios con celestiales coronas, les des dignas gracias; y para que con mayor confianza gobiernes tu imperio, y prevalezcas contra tus enemigos, viendo los milagros que Dios obró en tu tiempo, y conociendo por ellos que eres amado de Dios.»

«Bien te debes de acordar, que en tiempo de tu religiosísimo padre, se halló en Jerusalén la gloriosa señal de la Cruz; mas ahora en este tiempo de tu imperio, quiso Dios por tu grande religión y piedad obrar un gran milagro, apareciendo en el cielo esa gloriosa señal con muy grande resplandor; porque estos santos días de la fiesta de Pentecostés, a los seis días de Mayo, a la hora de tercia del día, (9 de la mañana), apareció una cruz de notable grandeza, que toda era hecha de luz, la cual llegaba desde el santísimo lugar del Gólgota, donde el Señor fué crucificado, hasta el monte Olivete; y fué vista, no de uno, ni de dos hombres, sino de toda la muchedumbre de aquella ciudad; y no apareció de tal manera que luego desapareciese, sino antes duró por espacio de muchas horas a vista de todos, y esto con mayor resplandor que la luz del sol; porque a no ser así, la claridad del sol, que esconde la de la luna y de todas las estrellas, apagara esta luz de tal manera que no se pudiera ver.»

Y con esto todos los moradores de la ciudad, llenos por una parte de espanto, y por otra de alegría, corrieron a la Iglesia, hombres y mujeres, viejos y doncellas encerradas, y así los naturales de la tierra como los peregrinos, y así los cristianos como los de diversas naciones y sectas que allí se hallaron; los cuales todos con una voz alababan y reconocían a Cristo nuestro Redentor por verdadero Hijo de Dios y obrador de milagros, conociendo por experiencia que la verdad de la Religión cristiana no se fundaba en palabras y argumentos de la sabiduría humana, sino en la demostración y omnipotencia del Espíritu Santo; y que no solamente era testificada por la predicación de los hombres, sino también confirmada del cielo con divinos testimonios.»

«Por tanto, Nos, que moramos en esta ciudad, habiendo visto un tan gran milagro con nuestros ojos, dimos y damos gracias al Rey soberano y a su unigénito Hijo, a quien adoramos y a quien presentamos nuestras oraciones en estos santos lugares por vuestro religioso imperio. Y parecióNos ser cosa justa no pasar en silencio esta visión celestial, sino dar cuenta a vuestra piedad de cosa tan reciente, para que con la memoria de este milagro esté más firme la fé y confianza que en vuestra alma está ya fundada para con Cristo Jesús nuestro Salvador; y asímismo para que reconociendo que tenéis a Dios por ayudador, y esforzado con él, tengáis por amparo la bandera real de la santa Cruz.» Hasta aquí, son palabras de S. Cirilo.

El V. P. Fr. Luis de Granada, refiriéndose a esta carta, dice: ¿Qué hombre habrá que pueda poner duda en este tan gran milagro? Porque ¿cómo podía un tan insigne patriarca, escribir un milagro falso a un tan grande emperador, y no de cosa antigua, sino fresca y reciente? Porque a no ser esto cosa certísima, el emperador quedaba ofendido y el mismo patriarca desacreditado y avergonzado, y lo que más es tantos testigos tuviera que lo desmintieran, cuantos moradores y extranjeros estaban en aquella grande ciudad.

Prisionero del Sagrario

Dulce Esposo de mi alma
por mi amor sacramentado;
por mi amor,
prisionero en el Sagrario...

Yo quisiera amarte mucho
como Tú a mí me has amado,
y estar siempre
prisionero aquí a tu lado...

Yo quisiera que las almas,
que con tu sangre has comprado,
se enamoraran de Ti,
como Tu Dueño adorado. .

Quién pudiera
formarte un trono elevado
de corazones amantes
donde tuvieses descanso...

Quién pudiera ser un ángel
puro y santo,
para amarte cual mereces,
Prisionero del Sagrario...

Cuánto diera
por traerte corazones a tu lado,
que apagaran esa sed
que te tiene atormentado...

Cuánto diera
por ver siempre custodiado
ese tu trono de amor
por corazones muy santos...

* * *

Almas, almas: que os espera
con grande sed vuestro Amado,
prisionero un día y otro
en su cárcel del Sagrario...

Almas, almas:
acudid presto a su lado
y ofrecedle vuestro amor
que el Amor está esperando...

AMABLE MARTÍNEZ

¡Arriba, corazón!

En los bajos placeres de este suelo
corazón, ¡hay qué triste fué tu suerte!
Sufre, pues, resignado hasta la muerte
para encontrar la dicha allá en el Cielo.

¡Arriba, corazón, emprende el vuelo;
no desmayes luchando, pues advierte,
que siempre la victoria es del más fuerte
y al fin se halla la dicha y el consuelo.

La amarga copa del placer vedado
mil veces apuraste en tu locura,
y lejos de encontrar el bien ansiado

hallaste de la culpa la amargura.
Fuiste por Dios y para Dios criado
y sólo en Dios encontrarás hartura.

FRANCISCO CÁNOVAS